tan sacerdotal se merecía el honor de ser Patrono de los sacerdotes españoles. (Vol. I, pág. 418; 539. Vol. II, pág. 428; 490-494).

En esta misma revista MAESTRO AVILA, de reciente y oportuna fundación, apareció un documentado estudio del P. Narciso García Garcés sobre «*El Beato Avila, Apóstol del Corazón de María*» (2). La honró y ensalzó a todas horas con pasión de hijo; por donde fácilmente podrían trazarse otros capítulos sobre diversos temas marianos, tal como la meditó y divulgó con incansable celo el P. Juan de Avila. ¿Cómo no aludir siquiera sea de pasada, a sus dos tratados sobre la Asunción de la Santísima Virgen, especialmente en días de tanta y tan consoladora expectación para este privilegio en todo el orbe católico? (Tomo II, págs. 803-862). Pues explicando la Natividad de la celestial Señora compara el Maestro Avila a la niña recién nacida con el alba. «Medianera» es entre los pecadores, sumidos en la noche del pecado, y entre Jesucristo Nuestro Señor, verdadero sol; y así como no puede pasarse de la noche al sol sino por el alba, tampoco quiso Dios que alguno pasase del pecado mortal a la gracia sino por María (Tratado 6.º, II, 744).

Al terminar este punto prorrumpe en una tierna plegaria:

«¡Oh Niña para siempre bendita, la más cercana a Dios humanado de cuantas hay en el cielo y en la tierra! El es la cabeza y la cosa más cercana a El es el cuello, que sois Vos, tan alta en virtud y santidad... En Vos tienen que mirar los niños, los mozos y los viejos; en Vos los que se casan y los que no se casan, los mayores y los menores. No hay virtud que Vos no enseñéis, ni trabajo en que Vos no los consoléis y esforcéis, porque fuisteis Vos la más Santa de las santas y las más trabajada de todas. Vos sois puesta para medio de nuestro remedio delante del acatamiento de Dios; en vuestras manos, Señora, ponemos nuestras heridas, para que las curéis, pues sois enfermera del hospital de la misericordia de Dios, donde los llagados se curan...» (id. II, 753 y 754).

Con lo dicho hasta aquí se vislumbrará algo de la santidad extraordinaria de este varón de Dios, puesto que a la continua atizaba la hoguera de su amor a Jesucristo y a la benditísima Virgen. El P. Granada dedicó sendos capítulos a ponderar la oración del Apóstol de Andalucía, su modestia en las conversaciones, su pobreza, su abstinencia, su paciencia en las enfermedades e injurias, su humildad,

(2) Vide n.º 1, pgs. 13-29; y n.º 2, pgs. 123-146.